

HANNA
HOLMGREN

Una

Noche
junto
al
Mar



El libro

Un romántico hotel junto al mar, un horizonte infinito y un amor que la toma por sorpresa...

Cuando Lisa lleva a su mejor amigo Lennart un pedido de vino olvidado a su idílico hotel junto a la playa, no imagina la aventura que la espera. Ya en su primera tarde conoce a Johannes en la playa y siente una conexión inmediata. Por un curioso giro del destino, vuelve a encontrarse con él una segunda y hasta una tercera vez, aunque de formas que nunca habría esperado.

Poco a poco, ambos se acercan y comparten una velada maravillosa juntos, una noche que se siente como el comienzo de algo más. El murmullo de las olas, la luna brillante y los ojos azules de Johannes hacen que el corazón de Lisa lata con fuerza. Pero cuando su estancia junto al mar llega a su fin, Johannes le hace una confesión, y Lisa deberá decidir si quiere volver a verlo... o si sería mejor olvidarlo cuanto antes.

La autora

Desde niña me gustaba anotar mis recuerdos de lugares y momentos maravillosos en un cuaderno de viaje y convertirlos en historias que perduraran. Con el tiempo, esas historias se transformaron en auténticas novelas y, finalmente, en mi mayor pasión.

Hoy, para mí escribir es una forma de absoluta relajación. Lleva a mi despacho la luz del sol, los granos de arena y el sonido del mar, y alivia ese constante anhelo de viajar hasta la próxima aventura, que sigue siendo mi principal fuente de inspiración.

Desde que dejé atrás mi vida profesional anterior, me dedico por completo a escribir novelas románticas y reconfortantes.

Antes de empezar a leer

Cada historia hace su propio pequeño viaje.

Esta nació en alemán, y ahora habla español, con una maleta llena de sol y un toque de brisa marina.

He hecho todo lo posible por conservar su alma, aunque algunas palabras aún susurren con acento.

Si notas algo que suena un poco extraño, escíbeme a feedback@hannaholmgren.de — me encantará saberlo.

Feliz lectura — y que esta historia te lleve a un lugar hermoso.

Una noche junto al mar

Novela corta

Hanna Holmgren

© 2022 FeuerWerke Verlag, Todos los derechos reservados

Maracuja GmbH, Laerheider Weg 13, 47669 Wachtendonk,
Germany

Diseño de portada: Grit Bomhauer, utilizando imágenes de Adobe
Stock - nito | soleg | Ralf Gosch | pixs:sell | Nikolai Sorokin | eAlisa
| lovelyday12 | ViDi Studio

Corrección de estilo: Chantal Eibner

Traducción: encargada por FeuerWerke Verlag

Revisión editorial: a cargo de Hanna Holmgren

Cualquier parecido o confusión de personajes ficticios de este libro
con personas reales es involuntario y no tiene relación con la
realidad.

Todos los textos e imágenes de este libro son material protegido por
derechos de autor y no pueden ser utilizados por terceros sin la
autorización explícita del autor, del titular de los derechos y del
editor.

Con cuidado, Lisa sacó la caja de vino del maletero de su coche, esforzándose por no poner en peligro su valioso contenido.

—Me estás salvando el culo —resonó una voz justo detrás de ella. Lisa se dio la vuelta con una sonrisa de oreja a oreja.

Lennart estaba frente a ella, con los brazos abiertos y de punta en blanco con su uniforme de cocinero. Ella dejó la caja en el suelo con delicadeza antes de echarse en sus brazos.

—Me encanta salvarte ese culito tan mono, Lennart.

—De mono ya tiene poco; más bien está tan bien acolchado que podría pasar por un cojín de sofá —bromeó él.

—Yo, por principio, también salvo cojines de sofá, sobre todo si eso me permite una escapadita al mar —respondió ella riendo junto a su oído—. Por cierto, huele a freidora —comentó antes de soltarse del abrazo de bienvenida.

—¿Freidora? Pfff... es el aroma del más selecto aceite de oliva griego, pedazo de buey.

—Grasa es grasa y huele a grasa. Pero dime, ¿puedo ver ya por algún lado a ese ricachón estirado que hace que le traigan su vino cruzando media Alemania?

—Te lo enseñaré en cuanto se cruce en nuestro camino.

—En serio, nunca he visto nada tan decadente... ¡Según Google, con lo que vale esta caja podría irme de vacaciones a todo trapo!

—Bueno, puede permitírselo —dijo Lennart encogiéndose de hombros—. Fue un error del proveedor, pero hoy ya no tenía forma de traerlo. Normalmente lo dejaría pasar y simplemente ofrecería uno de nuestros buenos vinos. Pero el cliente se empeñó en este vino concretamente e insistió en que lo consiguiéramos como fuera... sin escatimar en gastos. Menos mal que tú tenías tiempo para traerlo.

—Y que el proveedor vive cerca de mi casa... Y ¿de verdad estoy invitada?

—Claro que sí, con todos los lujos. Lo cargaré todo a su cuenta.

—Maravilloso, pues entonces me pido un champán ahora mismo
—replicó Lisa riendo.

—¡Marchando!

—Era broma, Lennart.

—¡Ya lo sé! —reaccionó él, también entre risas—. Venga, te enseñe tu habitación.

Lennart se agachó para coger la caja y la levantó.

—Nunca entenderé este furor por ciertos vinos —añadió ella antes de ponerse en marcha para seguir a su mejor amigo al interior del hotel. Una vez allí, él dejó la caja de vino sobre el mostrador de recepción.

—Espera, voy a ver en qué habitación te han metido.

Pasó detrás del mostrador y miró concentrado la pantalla.

—Ajá —murmuró mientras deslizaba el ratón con la mano sobre la madera pulida.

Lennart se dio cuenta de que Lisa lo estaba observando.

—¿Qué pasa? —preguntó con una sonrisa.

—Tus manos, Lennart... En estos últimos seis meses se me había olvidado lo bonitas que son —bromeó ella.

—De verdad que estás fatal.

—No, en serio. Aún podrías ser modelo de manos para anuncios de lavavajillas o de crema hidratante.

—Bueno, si algún día lo de la cocina deja de funcionar, ya tengo un plan B.

—No deberías perderlo de vista. Pero tienes que tener mucho cuidado de no cortarte ninguno de tus preciosos dedos de aquí a entonces, ¿vale?

—No te preocupes, tendré cuidado —respondió él guiñándole un ojo—. Ea, si quieres, ya puedes instalarte. La número catorce —dijo, entregándole la tarjeta de la habitación—. Está en la segunda planta. Te ha tocado un balcón con vistas al mar.

—¿Has tenido que pelearlo mucho?

—Claro, me he jugado la vida por ti.

—Nunca te lo podré agradecer lo suficiente, Lennart Schmidt —replicó Lisa sonriendo y dándole un apretón—. ¿Tendrás un hueco luego? —le preguntó al oído.

—En cuanto termine con la parrillada de esta noche, estaré a tu entera disposición.

—Genial, me hace mucha ilusión.

—Y entonces me cuentas con calma qué pasa entre Stefan y tú, ¿vale?

Lisa suspiró.

—A modo de pequeño avance para esa charla: ya no pasa nada entre nosotros.

Lennart arqueó las cejas.

—¿Eso significa...? —preguntó.

—Que se muda.

—Vaya, vaya. Y ¿cómo estás con eso?

—Bueno, tirando. Pero se veía venir. En cierto modo, estaba preparada...

—¿Estás triste?

—No lo sé, tengo la sensación de que ya no tanto. El segundo intento fue muy forzado. Quizá habría sido mejor que no hubiera vuelto ya el año pasado, así ahora ya lo habría superado por completo... Pero hablemos luego con tranquilidad. Voy a subir un momento a la habitación.

—Vale, y si quieres cenar, pásate por el restaurante. Vas a disfrutar de un menú de cinco platos.

—¿Cortesía del ricachón?

Lennart sonrió y asintió.

—Fantástico, suena muy bien. Antes de eso me iré a correr un poco por la playa.

Levantó la mano a modo de saludo y se fue a por la maleta al coche para instalarse en su habitación para la noche.

Media hora después, ya con la ropa de deporte, estaba en la arena de la playa del Báltico mirando hacia el horizonte. Para ser una tarde de finales de abril, hacía un calor sorprendente; el sol ya brillaba con fuerza y calentaba las mejillas de Lisa. Cerró los ojos un instante y sintió que el cálido viento le acariciaba la piel. Luego volvió a abrirlos y se puso en marcha con una respiración profunda. Sus pies tocaban la arena rítmicamente a un trote suave, y ella disfrutaba de aquel momento de paz interior. De vez en cuando miraba de reojo al mar y luego volvía a fijarse en sus zapatillas, por donde las lenguas espumosas de las olas se abrían paso. Lisa sonreía feliz, inhalando el aire salitroso con cada zancada. De repente, dio un respingo. Algo le había rozado la pantorrilla. Bajó la mirada de inmediato y se encontró directamente con los ojos marrón oscuro de un perro de tamaño mediano.

—¡Hola! ¿Y tú quién eres? —preguntó, aminorando la marcha y agachándose hacia el hocico húmedo.

El perro mestizo, de color negro y marrón, se sentó frente a sus pies levantando la arena fina con cada movimiento de la cola. Lisa le acarició la cabeza y miró a su alrededor para ver si divisaba a sus dueños por alguna parte. Ese tramo de playa no estaba muy concurrido, así que cualquier dueño que buscara a su perro debería haberle resultado evidente. Pero, a primera vista, nadie parecía echar de menos a su mascota.

—¿Te vienes a correr un rato conmigo? —le preguntó, levantándose y empezando a trotar de nuevo. El perro corría a su lado, mirándola de vez en cuando. Lisa sonrió. Y así siguió trotando metro tras metro, con esa sensación de plenitud. Después de un rato, se detuvo y cambió de dirección, seguida de cerca por su acompañante, que todavía corría a su lado.

Se oyó un silbido fuerte. Tras dirigir a Lisa una breve mirada de despedida, el perro salió al galope hacia las dunas. Lisa miró hacia allí. Frente a las dunas había un hombre que, por lo visto, estaba buscando a su perro. Lisa observó cómo el animal daba vueltas de alegría.

—Gracias —exclamó el hombre mientras se acercaba a ella—. Menos mal que no le dan miedo los perros —comentó cuando se plantó ante ella con una sonrisa. Lisa tragó saliva, porque el hombre era guapísimo.

—No, me encantan los perros —respondió—. Yo misma tuve uno.

¿Qué edad tendría? Llevaba unas Vans, una gorra de béisbol y una sudadera con capucha; parecía tener el pelo algo largo, ya que asomaba por debajo del borde de la gorra. *Treinta*, pensó, *treinta le echaría yo*.

—Lamentablemente, Merle murió el año pasado y hasta ahora no me he visto con fuerzas para tener otro perro... —continuó.

—Lo siento mucho, pero esa es exactamente la razón por la que siempre me cuesta decidirme a tener un animal. Hay que despedirse tantas veces...

Su sonrisa era cautivadora. Lisa se esforzó por no mirarlo demasiado.

—Sí, es un trago muy duro cada vez. Merle llegó a los dieciocho años... La echo mucho de menos.

—Vaya, dieciocho años, esa sí que es una edad envidiable.

—¿Cómo se llama su perro? —preguntó ella.

—Joe.

—Hola, Joe.

Lisa se agachó para acariciar las orejas de Joe.

—¿Haría lo mismo con mis orejas si le digo mi nombre? —bromeó él—. Perdón, ese ha sido un chiste muy malo. Tendría que habérmelo guardado...

Lisa se rio.

—¡Pruébalo!

—Vale, me llamo Johannes —respondió él al instante, con una sonrisa de oreja a oreja.

Johannes se quedó esperando frente a ella.

—Vaya, por lo visto solo funciona con los perros —constató con ironía.

—Eso parece —confirmó Lisa.

—¿Está aquí de vacaciones? —preguntó él.

—No exactamente. Es una historia un poco loca. Mi mejor amigo es el gerente del Hotel de las Dunas, aquel de allí. —Señaló el edificio—. Y esta noche tiene una fiesta de cumpleaños en el hotel. El cliente que lo celebra pidió un vino escandalosamente caro, pero al distribuidor se le olvidó traerlo. Lennart tenía que conseguirlo hoy como fuera, sin importar el precio. En el peor de los casos, supongo que incluso habrían fletado un avión.

—¿En serio?

—No, eso me lo he inventado. Pero probablemente esa persona es tan rica que podría permitírselo. Como el distribuidor vive cerca de mi casa, me he subido al coche para traer el vino a cambio de alojamiento y comida. El dinero es el que manda de verdad en este mundo.

—Es realmente una locura —comentó él, con aspecto algo desconcertado—. ¿Así que esta noche va a poder pegarse la vida padre?

—Desde luego. Hay un menú de cinco platos y quizá, solo quizá, me tome también un champán. Todo va a cuenta del cumpleaños. Seguro que es tan rico que ni se dará cuenta de que hay una persona más en la cuenta. Me parece bastante decadente... Aunque seguramente no me pida el champán. Me parecería un poco descarado.

—¿Por qué? Le ha hecho un favor al invitado, y si ese era el trato, yo me tomaría el champán sin remordimientos de conciencia. O una copa de ese vino tan caro.

—Ya me hace mucha ilusión la cena. Además, no soy muy fan del champán.

—Y ¿cuánto cuesta una botella de ese vino?

—Mejor que no lo sepa...

—¿Más de cincuenta euros?

Lisa hizo un gesto de negación con la mano.

—Qué va, añádale otro cero y luego multiplique por diez botellas... No entiendo cómo se puede gastar tanto dinero en vino, de verdad que no. Creo que todo este rollo de los sumilleres es puro teatro. Dadme un vino de supermercado y unas etiquetas de una cosecha cara, y tendré el mundo a mis pies.

—Valdría la pena intentarlo —replicó él sonriendo. Por un momento, frunció el ceño—. ¿Quizá podría unirse un poco a la fiesta esta noche? Quiero decir, ya que ha sido tan amable de traer el vino...

Lisa soltó una carcajada.

—No, mejor no. Seguro que es una velada espantosamente estirada, llena de conversaciones aburridas sobre fondos de inversión y palabrería sobre el equilibrio entre vida personal y laboral.

—Es verdad, el riesgo es alto —se aclaró la garganta—. Mejor no jugársela.

—Sí, mejor no... —respondió ella en voz baja.

—Aunque la velada tendría el potencial de volverse interesante solo con su presencia.

Lisa sintió que el color de sus mejillas pasaba a un rosa más oscuro. Siempre le pasaba cuando estaba estresada o cuando algo era tan emocionante que sentía los latidos de su corazón. Intentó no concentrarse en ello porque, por experiencia, eso solo empeoraba la situación.

—Qué amable por su parte... —respondió cohibida.

—Ha sido un placer conocerla... —dijo él de repente. La miró con una clara interrogación en los ojos.

—Lisa, me llamo Lisa —contestó ella, que había entendido de inmediato a qué venía esa mirada interrogante.

—Es un nombre muy bonito —dijo, y volvió a aclararse la garganta mientras miraba con cierta inseguridad el suelo arenoso—. Bueno, Lisa, realmente ha sido un placer conocerla. ¡¿Quizá volvamos a vernos?!

—Sí, tal vez. Eso sería... —se tragó la última frase y, con ella, el impulso de decirle que le encantaría volver a verlo. Los dos se quedaron allí parados con cierta torpeza, como si cada uno esperara una reacción del otro.

—Entonces, espero que coincidamos por casualidad —interrumpió Johannes ese momento con una sonrisa, se dio la vuelta y se puso en marcha. Lisa se quedó allí, inmóvil como una estatua de sal, viéndolo alejarse.

Maldición, pensó cuando Johannes ya estaba tan lejos que su silueta se confundía con los contornos de los demás visitantes de la playa. *Debería haberle pedido el número*. Continuó corriendo, pasó por delante del hotel, que ahora quedaba a su izquierda. Finalmente, un pequeño camino subía hasta el paseo marítimo, donde bullía una multitud de gente. Lisa se asombró: tan vacía como estaba la playa, así de lleno estaba el paseo. Y entonces se dio cuenta de por qué parecía haber tanta gente allí arriba: los bordes del camino estaban flanqueados por decenas de puestos de venta en los que se exponía todo tipo de trastos más o menos ordenados; por lo visto, hoy se celebraba un mercadillo. A Lisa le encantaban los mercadillos. Así que no pudo evitar ponerse a examinar el primer puesto de inmediato. Enseguida le llamó la atención un pequeño monedero de cuero que, debido a los años, tenía una pátina inconfundible.

—¿Cuánto cuesta esto? —preguntó ella.

—Veinte euros —respondió el hombre de barriga prominente, bigote y calva, que se subió las gafas con gesto concentrado—. ¡Es una pieza especial! —justificó de inmediato su primera oferta de precio.

—Ocho —le rebatió Lisa.

—Dieciocho —contraatacó el vendedor muy serio.

—Once, no subo de ahí.

—Bien, trato hecho —respondió él, y Lisa se quedó satisfecha.

—Mis respetos —se oyó una voz masculina detrás de ella. Lisa se dio la vuelta y se topó de frente con los ojos de Johannes.

—¡Ah, hola! —respondió un poco cohibida, sintiendo de nuevo cómo le subían los colores a la cara.

—Qué pronto se ha dado la casualidad... Se le da muy bien regatear. Si alguna vez busca trabajo, me vendría bien alguien como usted en ventas. Quien sabe regatear, también sabe vender la moto.

—Es muy amable, pero creo que prefiero quedarme con mis alumnos de primaria —dijo ella sonriendo. Joe, que ya iba con la correa, estaba sentado obediente al lado de Johannes observando a los dos con atención.

—¿Es profesora? —preguntó él.

—Sí.

—Seguro que es un trabajo estupendo.

Lisa sostenía el monedero recién adquirido con las dos manos, como si pudiera agarrarse un poco a él.

—Sí, me encanta trabajar con los niños y nunca querría hacer otra cosa. Al menos por ahora... lo que una piense dentro de unos años, nunca se sabe con certeza.

Johannes sonrió.

—Sí, es verdad. Eso nunca se sabe —dirigió la mirada hacia el monedero—. Es una pieza preciosa, por cierto —comentó.

—¿A que sí? El cuero es suavísimo. Toque usted.

Le tendió la cartera. Al intentar palpar el cuero, rozó sin querer la mano de Lisa.

—Lo siento —se disculpó de inmediato y tragó saliva.

—No pasa nada —replicó Lisa en voz baja, mirando discretamente la mano de Johannes, que ahora se deslizaba sobre la superficie.

Pídele su número, pensó. Pero no fue lo suficientemente valiente. Así que se limitó a sonreír.

—¿Le gusta ir a mercadillos? —preguntó él.

—Sí, me encantan. Creo que conozco todos los de los alrededores de Münster. Me atrevería a decir que el cincuenta por ciento de mis pertenencias son de segunda mano.

La multitud de gente que pasaba apretujada a su lado dificultaba un poco la conversación.

—Hay muchísima gente por aquí —comentó ella—. ¿Y usted? Me imagino que no es muy de mercadillos, ¿verdad?

—Ya no, pero cuando estudiaba solía frecuentarlos mucho. De alguna manera he perdido la costumbre estos últimos años. Demasiadas cosas en la cabeza...

El viento, al rozar el cuerpo de Lisa, la hizo tiritar. Como si Johannes tuviera un séptimo sentido, dijo:

—Corre bastante aire aquí arriba. Seguro que tiene frío, ¿no? Justo después de correr...

Lisa asintió y sonrió.

—Sí, mucho. Será mejor que vuelva al hotel antes de pescar un resfriado.

Él la miró de forma breve, pero intensa.

—Está bien, ¡entonces confiaré en que haya una tercera casualidad! Al fin y al cabo, a la tercera va la vencida.

—Sí, eso sería... bueno, eso estaría muy bien —respondió Lisa, que seguía siendo demasiado tímida para pedirle el número—. Ha sido un placer haberle conocido, Johannes —añadió antes de darse la vuelta y bajar por el camino de vuelta a la playa.

Al llegar al hotel, se fue directa a la ducha. Los ojos de Johannes habían sido azules. Tan azules como el mar que rompía en olas a sus espaldas al ritmo del viento. Se había fijado muy bien en ellos, porque no es frecuente mirar a los ojos a un extraño y sentir de inmediato una extraña familiaridad. Lisa cerró los párpados y respiró hondo. *Debería haberle pedido su número...*

Cuando salió de la ducha, fue a su bolsa de viaje y sacó su vestido de punto. Aunque el hotel de Lennart tenía cinco estrellas y el restaurante una estrella Michelin, el ambiente no era nada estirado. Una se sentía cómoda incluso en vaqueros y jersey. Tras darse un poco de colorete y rímel, bajó las escaleras en dirección al restaurante. Por el camino pasó por el gran salón de actos, del que ya emanaba un animado murmullo. *¿Habrán abierto ya la primera botella de vino?* Lisa intentó echar un vistazo rápido sin llamar la atención y sin aminorar el paso. Pero no pudo ver nada. La rendija de la puerta no era lo bastante ancha.

Así que entró en el restaurante y esperó en el mostrador a que le asignaran una mesa.

—¿Quieres sentarte aquí mismo, delante? —dijo Lennart, asomando la cabeza por la puerta de la cocina y señalando una mesa para dos situada cerca de esta—. Así puedo mirarte de vez en cuando —añadió guiñándole un ojo.

—Entonces quiero sentarme ahí sin falta —replicó Lisa, y le lanzó un beso al aire. Se sentó, se apoyó relajadamente en el respaldo de la silla y dejó vagar la mirada a través del gran ventanal que tenía enfrente. Fuera ya estaba atardeciendo, y los colores que el sol arrancaba al mar eran simplemente fantásticos. El cielo lucía un azul intenso y, en lo que parecía ser el centro, brillaba una pequeña bola de fuego que extendía sus rayos sobre el agua reluciente.

Dios mío, es de una belleza casi empalagosa. Lisa se levantó y se dirigió hacia la terraza del balcón para poder absorber la vista una vez más sin el cristal de por medio. Inmediatamente sintió la diferencia de temperatura. Cruzó los brazos sobre su pecho y observó aquel hermoso espectáculo de la naturaleza que se desarrollaba ante sus narices.

—¡Buenas noches!

Lisa se dio la vuelta. Una joven camarera estaba detrás de ella con una copa de espumoso en la mano.

—Para usted. Un champán, si le apetece.

—Eh, vale, pero yo no he pedido nada...

—Ya está todo arreglado. Disfrute de las vistas y de este buen caldo. Entre nosotros, es realmente una maravilla —dijo sonriendo. Se dio la vuelta y regresó al restaurante por la puerta corredera.

Lisa volvió a contemplar la puesta de sol y probó el primer sorbo.

Nada mal, pensó. Finalmente, el rugido de su estómago le recordó que dentro la esperaba un menú de cinco platos. Absorbió una última vez la estampa del mar, regresó al restaurante y se sentó a su mesa.

Poco después, la joven que acababa de traerle el champán apareció con el primer plato en las manos.

—Aquí tiene, cremita de col con espuma y pan de pistachos.

—Oh, muchas gracias —respondió Lisa, y dejó que su nariz recorriera el plato de sopa—. Huele de maravilla.

—Y aquí tengo el vino adecuado para acompañarlo, con los saludos de la fiesta de cumpleaños de al lado.

—Qué detalle —respondió Lisa, visiblemente sorprendida—. ¿Es el vino que yo...?

—Sí, es ese.

—Vaya, de acuerdo, entonces lo disfrutaré de verdad... —prometió ella con una sonrisa.

—Debería hacerlo —confirmó la camarera—. Que aproveche.

—Muchas gracias.

Lisa probó primero la crema y luego el vino. Ambos sabían fantástico y, si era sincera consigo misma, el vino tenía todo el sentido del mundo. Maridaba de maravilla con la sopa.

Cuatro platos más tarde, Lisa estaba sentada satisfecha a la mesa esperando a Lennart.

—¡Faltan diez minutos! Lennart se está dando prisa —comentó un joven cocinero al pasar.

—Vale, gracias —respondió Lisa, aunque el cocinero pareció no registrarla ya. Pasó a su lado a paso ligero. Lisa dejó vagar la mirada. El restaurante estaba bastante concurrido.

En algún momento, Lennart apareció por la esquina y se dejó caer en la silla. Unas gotas de sudor adornaban su frente.

—¿Has terminado por hoy? —preguntó Lisa y le rodeó las manos con las suyas.

—Y tanto.

—¿Ha salido todo bien?

—Creo que sí. El menú a la brasa como plato principal ha gustado mucho. Todo sin carne; ha sido un cambio agradable y un reto.

—Las verduras a la parrilla estaban buenísimas. Y el vino y el champán también, por cierto. Gracias por habérmelos pasado discretamente.

Lennart hizo un gesto de negación.

—Yo no he tenido nada que ver. No tengo ni idea de quién lo ha ordenado.

—¿Entonces ha sido realmente el estirado?

—Evidentemente... Parece ser un estirado muy amable que sabe lo que toca —respondió Lennart con una sonrisa cansada—. Por cierto, le gustaría darte las gracias personalmente y conocerte.

—Ah, vale, ya veremos —repuso ella, sin estar segura de si le apetecía—. ¿Es un cliente habitual tuyo?

—Espero que lo sea a partir de hoy. Pero de momento no, no lo conocía de antes. ¿Por qué no funcionó lo nuestro, en realidad? —preguntó él sonriendo y no del todo en broma, mientras le apretaba la mano con fuerza.

—¡Ay, Lennart, mi anillo! —exclamó Lisa.

—Perdón.

—Porque teníamos catorce años, Lennart. Y porque como novio eras insoportable... y porque los dos somos mucho mejores como mejores amigos. Y así llevamos ya dieciséis años. Equipo que gana no se toca, diría yo —respondió Lisa, y sonrió.

—Aun así, es una lástima. Fíjate en lo relajado que es lo nuestro... Ni siquiera tenemos que vernos y funciona de maravilla. Aceptas sin rechistar que no tenga tiempo para ti, eres guapa, lista y...

—Como pareja tuya, tendrías una queja diaria sobre la mesa con tus horarios de trabajo. No te hagas ilusiones, amigo mío.

—Deberíamos haberlo intentado un poco más de tiempo. Quién sabe dónde habríamos terminado —replicó él guiñándole un ojo.

—Definitivamente ante el juez de familia. A mí con las tres semanas que pasamos de la mano en aquel entonces me bastó para darme cuenta de que aquello no iba a ninguna parte.

—Ya, bueno, a mí también —admitió él y se apoyó relajado en el respaldo de la silla—. Por cierto, como novia a los catorce también eras una catástrofe —añadió sonriendo—. Y ahora cuéntame qué tal con Stefan.

—No hay mucho que contar. Ya no me quiere, esa es básicamente toda la historia.

—Eso es duro...

—Bueno, de alguna manera he tenido tiempo suficiente para acostumbrarme a la idea. Hemos encallado, lo siento desde hace mucho, y estaba claro que la cosa no iba a seguir. Además, todavía me cuesta perdonar sus deslices. Me lo propuse de corazón, pero de alguna manera se me queda grabado en la cabeza y no hay forma de sacarlo de ahí.

—Es lógico, yo no le habría perdonado ni el primer engaño... Él nunca te mereció. O, mejor dicho, tú merecías algo mejor.

—Ya, bueno, el amor es ciego...

—Pero lo importante es que no sufras.

—No, no sufro. No tienes que preocuparte.

—Eso me tranquiliza. Y ya aparecerá el adecuado cuando menos te lo esperes. Tienes que cambiar el chip a *lista para empezar de nuevo* y entonces los hombres te lloverán del cielo.

Ahora sonrió ella.

—Acabo de conocer a un tío muy majo en la playa... Su perro me ha acompañado mientras corría. Al perro ya le he caído bien.

—¿Al perro o al tío?

—Qué gracioso, al perro, claro. Pero el dueño también era muy simpático.

—¿Tienes su número?

—No, no he estado ágil.

—¿O no te has atrevido?! —preguntó él en tono desafiante.

—Cazada...

—Venga ya, Lisa. Cualquiera hombre que esté soltero y tenga ojos en la cara te daría su número encantado.

—Eso dices tú... Yo es que no me atrevo a esas cosas. Da igual, ahora ya es tarde. En cualquier caso, esta situación me demuestra que ya he hecho un buen trabajo este último año y que me las apañaré bien sin Stefan. Eso ya es algo, ¿no?

—Sí, es algo. Y a ese tipo de la playa lo vamos a localizar. ¿Cómo era?

—Gorra, pelo oscuro por lo que pude ver. Y unos ojos azules impresionantes.

—Vaya, vaya, ojos azules... ¿así que te has fijado bien? —comentó él con sorna.

—¡Sí, ojos azules, imposibles de pasar por alto! No me ha hecho falta fijarme mucho... ¿vale? Y llevaba unas Vans, unos vaqueros y una sudadera gris con capucha.

—Surfero, está claro. Estará alojado en el Beach hotel. ¿Tienes un nombre?

—Solo el nombre de pila, se llamaba Johannes.

Lennart sacó el móvil del bolsillo del pantalón y marcó un número directamente.

—Hola, soy Lennart, del hotel Dünen... sí. Gracias... Bien, todo estupendo... sí... Oye, sin que tengas que saltarte la ley de protección de datos, ¿tienes algún huésped que se llame Johannes? Vale, sí, espero... —Lennart miró a Lisa y sonrió—. Ajá, maravilloso. Con eso me basta. Gracias, Clara. De nada, cuando quieras... —La sonrisa de Lennart era de lo más dulce.

—¿Clara?

La mirada de Lisa era escrutadora.

—Sí, Clara, aquí nos conocemos todos, ¿vale?

—Ya, ya, si no digo nada, solo pensaba que Lennart y Clara suenan muy bien juntos.

—De momento de lo que se trata es de Johannes y Lisa. Y para que avancemos en el tema, Clara nos dirá ahora mismo cuántas personas llamadas Johannes hay alojadas en su hotel.

Lennart bostezó.

—¿Cansado? —preguntó Lisa.

—Mucho. Cuando tenemos eventos aquí siempre es agotador.

—No tienes que entretenerme esta noche. Vete a descansar.

—Lo haré enseguida. ¿Te gustaría pasarte conmigo un momento a presentarte?

—No sé...

—A lo mejor te regala una botella de vino... Luego la vendes y te haces rica —bromeó.

—Vale, está bien. Pero solo si vienes conmigo.

—Sí, voy. De todas formas, tengo que despedirme para retirarme.

Con un movimiento brusco, Lennart se levantó de la silla.

—¿Ahora mismo? —preguntó Lisa desconcertada.

—Claro, ven.

Mientras hablaba, empezó a caminar. Lisa se levantó rápidamente y lo siguió.

—Espera, Lennart, quiero entrar a tu lado.

—Pero ¿qué te pasa? No sueles ser tan miedosa.

—Pues ahora sí. Así que haz el favor de esperar. La gente rica me intimida...

Lennart se detuvo, se volvió hacia Lisa y la abrazó.

—Estoy convencidísimo de que puedes con esto. Y no muerden, de verdad que no...

—¿Noto ironía en tu voz?

—¿Cómo puedes pensar eso?

Lennart se separó de ella y abrió la puerta del salón.

Una música suave acompañaba el rumor y los murmullos que llenaban la estancia. Lennart echó un vistazo.

—Ahora mismo no lo veo... —constató recorriendo la sala con la mirada. Lisa también miró a su alrededor. Y entonces se quedó sin aliento. Junto a una mesa había una cestita, y en esa cestita descansaba un peludo que se parecía un montón al pequeño Joe que la había acompañado mientras corría.

—Me largo —masculló, pero antes de que pudiera darse la vuelta, Lennart la sujetó por el brazo.

—Espera, ahí está. ¿Señor Schuster?

—Mierda —murmuró Lisa.

—¿Acabas de decir *mierda*?

—Sí, tío —respondió ella fastidiada, pues sabía que huir ya era inútil. Él ya la había visto.

—Con lo bien que se te da a ti normalmente la cháchara —comentó Lennart visiblemente extrañado, y acto seguido puso su mejor sonrisa profesional.

—Señor Schuster, solo quería despedirme y aprovechar la ocasión para presentarle a nuestra proveedora de vino. Lisa, este es el señor Schuster y, señor Schuster, le presento a la señorita Kampmann.

—Mucho gusto —dijo él tendiéndole la mano. No apartó sus ojos azules ni un centímetro y retuvo su mano un instante más de lo habitual.

—El gusto es mío —respondió Lisa, sintiendo cómo sus mejillas volvían a cambiar de color.

—Muchas gracias por habernos traído el vino.

Él seguía clavando en ella su mirada cálida.

—No, eh, no ha sido nada. No me ha supuesto ninguna molestia, y además el vino estaba riquísimo, así que entiendo perfectamente que quiera que se lo traigan... —balbuceó ella visiblemente azorada.

Lennart observaba la situación con desconcierto. De pronto, el señor Schuster se dirigió a él.

—Muchas gracias por una velada perfecta y por haber podido organizar lo del vino al final. De verdad que ha sido todo un detalle.

—Me alegra que todo haya sido de su agrado. Si me disculpa, ahora me gustaría retirarme, que ya ha terminado mi jornada.

—Muchísimas gracias de nuevo; le aseguro que no será la última vez que venga por aquí.

Tendió la mano hacia Lennart.

—¿Vienes, Lisa? —preguntó Lennart.

—Puede quedarse un rato más, si quiere —dijo el hombre mirando hacia Lisa.

—Eh, bueno, quizás una copa... —respondió Lisa. Tenía la imperiosa necesidad de aclarar el asunto.

—Vale, como quieras —replicó Lennart y la atrajo hacia sí con un brazo.

—¿Estás bien? —le susurró al oído.

—Sí, todo bien. Hablamos mañana —le respondió ella, también susurrando.

—De acuerdo, y si Clara tiene novedades, te escribo —dijo, y miró al señor Schuster.

—Bien, pues les deseo que pasen una buena noche.

Lennart se dio la vuelta y desapareció por la puerta bostezando. Lisa miró a Johannes con timidez.

—Me gustaría que me tragara la tierra. Siento muchísimo haber hablado de forma tan despectiva...

—No pasa nada —repuso él, esbozando la sonrisa más cautivadora que Lisa había visto en su vida.

—No, no está bien.

—¡Pero si tiene razón! Es decadente. He estado pensando en ello toda la noche.

—De verdad que lo siento, no debí decir eso. Si pudiera permitírmelo, probablemente haría lo mismo.

—No lo creo —replicó él.

—Sí, seguro...

—¿Y si dejamos de *ustedíarnos*? —preguntó él entonces.

—Sí, me gustaría —respondió Lisa sonriendo.

—Por cierto, yo también podría haberte dicho que el del cumpleaños era yo —comentó él.

—Sí, podrías haberlo hecho... habría sido menos vergonzoso.

La chispa entre ellos era más que evidente. Era como si sus ojos la atrajeran físicamente hacia él. Polo norte y polo sur; cada uno un imán.

—Primero tenía que procesarlo —explicó él—, y luego pensé que, si te enterabas enseguida de que yo era ese tipo decadente, me juzgarías directamente... —continuó.

—Podría haber pasado perfectamente —repuso Lisa, mientras se estiraba los puños de la chaqueta de punto sobre las manos.

—¿Te apetece un poco de mar? —preguntó él entonces, y Lisa no supo a qué «mar» se refería. Si al mar que había tras la puerta o a un mar de Johannes. O a un mar de vino...

—¿Un poco de qué? —preguntó ella.

—De mar, de agua... de la playa. Joe necesita que le dé un poco el aire.

—¿Y tus invitados?

—Seguirán ahí cuando vuelva —repuso él con amabilidad.

—Entonces te acompaño encantada.

Él la miró con alegría.

—Voy a salir un momento con Joe —le gritó a un hombre joven.

Este asintió y levantó la mano brevemente. Un pequeño silbido de su boca hizo que Joe se levantara de un salto y corriera hacia ellos dos.

—Hola, Joe —saludó Lisa al perro mientras le acariciaba la cabeza.

—Vamos allá —dijo Johannes dándose una palmada en el muslo.

Joe dio un ladrido corto y echó a andar al lado de ellos.

Los tres bajaron las escaleras hacia la playa. Joe iba corriendo por delante.

—¿Ves bien por dónde vas? —preguntó Johannes, girándose un momento hacia Lisa.

—Sí, perfectamente.

La luna colgaba del cielo como un faro y bañaba el entorno con una penumbra de tonos blanco azulados. El suave silbido del fresco viento nocturno se mezclaba con el rumor del mar, provocando un escalofrío en la piel de Lisa. *Debí haberme puesto una chaqueta...* Cruzó los brazos sobre el pecho para calentarse, igual que había hecho antes en el balcón, algo de lo que Johannes se percató de inmediato.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—Quizás un poco —repuso ella—, pero estoy bien.

Johannes se detuvo y se quitó la americana.

—No hace falta, Johannes, de verdad.

—Te juro que no tengo nada de frío. Nunca tengo, por así decirlo. Si paso frío es que estoy enfermo.

—Yo suelo tener frío siempre... —admitió Lisa.

—Pues entonces, el equipo perfecto. De todas formas, me la iba a quitar dentro de nada, y si te la pones tú, no tendré que cargar con ella —dijo, tendiéndole la prenda—. Me harías un gran favor si te la pusieras.

—Bueno, visto así, no puedo negarme —repuso ella y alargó la mano para coger la americana. Pero en lugar de tocar la tela, su mano acabó sobre la piel de Johannes. Era la segunda vez aquel día que sus manos se rozaban. Bajo la luz de la luna, pudo distinguir su sonrisa. Retiró la mano con cautela.

—Gracias —murmuró ella, tomó la americana y se la echó por los hombros.

Al instante notó el sutil aroma que desprendía la prenda: olía a limpio, con un toque especiado, ¿quizás a cuero? A Lisa le gustó su fragancia de inmediato. No había nada en ella que le resultara molesto. Al contrario, la atraía. Sintió que le flaqueaban las piernas. ¿Qué le estaba pasando?

Johannes se dio la vuelta y siguió caminando. Joe ya se había perdido de vista.

—¿No te da miedo que se escape otra vez? —preguntó ella.

—La verdad es que no; lo de esta tarde ha sido algo totalmente inusual en él. Normalmente no se va con nadie, es más bien tímido.

—¿Entonces puedo sentirme halagada por el hecho de que se viniera a correr conmigo?

—Desde luego. Sobre todo porque fuera *él* quien te buscó a *ti*. Joe suele ser muy reservado...

—Pues no me pareció nada reservado —repuso Lisa, divertida.

Johannes se detuvo.

—Entonces debe de ser cosa tuya... —susurró él en la noche iluminada por la luna.

Lisa volvió a tragar saliva, porque la forma en que lo dijo fue tan dulce que se le puso la piel de gallina. Unos ladridos interrumpieron aquel momento tan especial. Joe apareció junto a ellos moviendo la cola y con un palo en la boca, mirándolos con insistencia.

—Suelta —ordenó Johannes con tono amable, y Joe obedeció. Johannes cogió el palo y lo lanzó con fuerza por la playa. Joe salió disparado al instante.

—¿Me hablas de ti? —preguntó él mientras se ponían de nuevo en marcha.

—¿Qué quieres saber? —quiso saber ella.

—Decir que *todo* sería ser muy atrevido, ¿verdad? —repuso él.

—¿Se le cuenta *todo* a un extraño? —replicó ella.

—Probablemente no —respondió él directamente—. Pero puede que sí... Quiero decir, un extraño no te conoce, no puede irse de la lengua con nadie, te ve sin el peso del pasado...

Lisa reflexionó un momento.

—A lo mejor tienes razón y lo de hoy es mi oportunidad para confesarle mis abismos más profundos a alguien —dijo ella con una media sonrisa.

Johannes se detuvo y dio un paso hacia ella. Estaba tan cerca que ella podía sentir su aliento.

—¿Los tienes? —preguntó él.

—¿A qué te refieres?

—¿Tienes abismos?

—Seguro que sí... —repuso ella en voz baja e hizo una pequeña pausa. Sentía el viento rozándole la nariz, oía el vaivén de las olas... y sentía el aliento de Johannes. —Y tú, ¿tienes los tuyos? —preguntó ella entonces.

—Ten por seguro que hay unos cuantos —y se quedó callado un momento—. Imagina que conoces a alguien —prosiguió entonces con voz firme—, y empiezas directamente por el lado oscuro. Sin adornos, sin interpretar ningún papel... Quiero decir, si la otra persona sigue queriendo conocerte después de eso, es que la cosa va muy bien, ¿no crees?

—Sí, desde luego —repuso Lisa, sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza en el pecho. Presentía que le contaría muchas cosas a ese desconocido que se encontraba a escasos centímetros de sus labios. Nunca antes había sentido nada parecido. Había estado siete años con Stefan; ya no sentía mariposas, ya no le confiaba nada. Y allí estaba ahora, en aquella velada, en aquella playa. Con un hombre al que no conocía y al que estaría dispuesta a besar en ese mismo instante si se dejara llevar por sus impulsos. Lentamente, él retiró la cabeza un poco y la giró hacia un lado.

—¡Joe! —llamó entonces. El perro acudió al momento y volvió a dejar el palo a sus pies.

Johannes lo lanzó por segunda vez.

—¡Odio dormir solo! —dijo de pronto.

—Eso no es ningún abismo, Johannes —repuso ella riendo.

—Estoy tanteando el terreno, ¿vale?

—Vale, ¿eso significa que vamos a ir profundizando en nuestros abismos?

—Más o menos. Ahora te toca a ti, Lisa.

—Veamos... pues tengo miedo a la oscuridad y tiendo a imaginarme que hay delincuentes acechando en todas partes. Así que tampoco puedo conducir sola por una carretera secundaria de noche, lo cual resulta bastante poco práctico, a veces.

—¿Tienes miedo ahora? —preguntó él con cautela.

—No —respondió ella—, porque... porque ahora estás tú aquí. No estoy sola...

Sonrió tímidamente.

—Qué bien... bueno, quiero decir que me ha gustado que digas eso.

Lisa podía oír claramente la respiración de él.

—No me gusta mucho hablar de mis sentimientos, aunque en mi interior tengo muchos de los que valdría la pena hablar... —continuó él.

—¿Y eso por qué? —insistió ella.

—Porque no confío fácilmente...

Lisa tuvo que soltar una pequeña risotada.

—Perdona, pero esta situación demuestra precisamente lo contrario.

Él también se rio.

—Sí, tienes razón, pero eso es precisamente lo que lo hace tan especial.

Lisa tragó saliva.

—¿Por qué no confías? —preguntó.

—Porque la gente a menudo no se interesa por mí como persona, sino por lo que represento de cara al exterior. He dejado de saber escuchar mi instinto en lo que a las personas se refiere —se aclaró la garganta—. Menos hace un rato, cuando después de mucho tiempo he vuelto a hacer caso a mi instinto.

—¿Y qué te ha dicho tu instinto?

Hizo una breve pausa. Luego respiró hondo antes de empezar a hablar.

—«Esta es una mujer a la que probablemente podrías contárselo todo, incluso tus abismos más profundos».

Sus palabras le provocaron un escalofrío por todo el cuerpo. Lisa se quedó allí, asimilándolas.

—¡Muy bien, te toca otra vez, Lisa!

—Yo confío demasiado rápido —comentó ella.

—Vaya, ¿entonces esto no tiene nada de especial para ti? —preguntó él con una sonrisa amable.

—¡Oh, sí! El lado malo solo sale más tarde, y hay cosas que no cuento nunca... Aun así, siempre tiendo a creer en la bondad de las personas.

—¡Pero eso es fantástico!

—No siempre; a veces se aprovechan. Por ejemplo, tardo muchísimo en darme cuenta de que me están engañando. Y, al principio, me creo todas las excusas que me ponen. Luego dejo que me convenzan para perdonar y creo que nunca volverá a pasar. Incluso vuelvo a confiar una segunda vez... al cien por cien. Precisamente porque creo en la bondad.

—¿Cuántas veces has perdonado y vuelto a confiar? —preguntó él.

—Dos veces.

Se quedaron callados un instante. El rostro de Johannes estaba de nuevo tan cerca que Lisa volvió a sentir el estómago lleno de mariposas. ¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Caminamos un poco más? —preguntó él entonces, rozando con su aliento el rostro de Lisa.

—Sí, me gustaría —susurró ella.

Estaba tan cerca de besarlo que le costaba resistirse a esa atracción. Joe ladró y fue Johannes quien se puso el primero en movimiento.

Caminaron uno junto al otro en silencio. Sus manos se balanceaban tan cerca que se rozaban a cada paso; de forma breve, suave y, sin embargo, muy intensa. El ir y venir de las olas envolvía aquel momento en una atmósfera muy especial.

—No tengo ningún problema en despedir a alguien —dijo él entonces.

—¿Ningún problema? ¿Quieres decir que no le das vueltas, o cómo?

—Le doy vueltas, pero no me afecta.

—Vale, creo que nos estamos acercando a los abismos... —comentó Lisa mientras se abrochaba la americana.

—¿Te parece muy terrible?

—No lo sé... En el mejor de los casos, tienes que ser así para protegerte en tu posición. En el peor, forma parte de tu carácter y no tendrías mayor inconveniente en lanzar a alguien de un coche en marcha.

—Lanzar de un coche en marcha... —repitió Johannes—. Dicho así suena fatal —y se aclaró la garganta—. Me he criado así; mi padre siempre ha dirigido empresas. La gente iba y venía. Él me enseñó que eso forma parte del oficio. Pero tal como lo dices tú, no debería ser así. No se debería lanzar a nadie de un coche en marcha —volvió a aclararse la garganta—. Solo como nota al pie: no ha ocurrido muchas veces que haya tenido que despedir a alguien y, cuando ha pasado, ha sido por motivos justificados. Motivos de peso. No quiero que te lleves una impresión equivocada.

Lisa se detuvo y sonrió.

—¿Acaso te importa lo que yo piense de ti? No olvides que solo soy una desconocida.

Johannes rio.

—Gracias por recordármelo. Pero sí, me importa lo que pienses de mí —añadió.

Y entonces, la punta de los dedos de Johannes rozó la mano de Lisa. Fue apenas un contacto leve, pero más intenso que cualquier cosa que Lisa hubiera sentido hasta entonces. Joe correteaba alrededor de sus piernas, y en aquel momento ella se olvidó de todo lo que la rodeaba. Solo el rumor del mar los envolvía. Con ternura, Johannes rodeó sus manos y sus pulgares acariciaron suavemente el dorso de estas. Lisa cerró los ojos, deseando con todas sus fuerzas que él acortara los últimos milímetros que los separaban. Y entonces lo sintió. Él posó sus labios sobre los suyos con delicadeza, soltó sus manos y le acunó las mejillas. Fue un beso de los que duran una eternidad, al menos para Lisa. Los segundos pasaban, dulces y maravillosos. Pero, de pronto, él se detuvo. De forma repentina e inesperada.

—Creo que va siendo hora de que volvamos a entrar, o van a poner una denuncia por desaparición —susurró Johannes, mientras sus labios aún rozaban los de Lisa.

—Vale —respondió ella, con la frente apoyada en la de él.

Johannes rodeó a Lisa con sus brazos y la estrechó contra sí; después, retiró la cabeza pausadamente y se separaron.

—¡Vamos, Joe! —llamó.

No tardó mucho en aparecer Joe al galope.

—¿Nos vamos? —preguntó él tendiéndole la mano. Lisa puso la suya sobre la de él y caminó de vuelta al hotel a su lado. Al llegar a las escaleras, la soltó. Con una sonrisa, se dio la vuelta y subió los peldaños.

Una vez arriba, Lisa se quitó la americana.

—Muchas gracias —dijo, tendiéndole la prenda.

—Las gracias te las doy yo a ti, al fin y al cabo, la has llevado puesta todo el rato —sonrió, pero de pronto su expresión cambió—. Lisa, lo de ahora mismo... ha sido precioso.

Ella tragó saliva.

—Sí, yo también lo creo. Hacía mucho tiempo que no...

—Lisa —la interrumpió él con suavidad—, tengo que... —expulsó el aire de sus pulmones de golpe—. Vale —continuó—, ahora voy a mostrarte mi verdadero abismo.

Lisa frunció el ceño.

—El vino... no lo pedí yo.

Lisa se sintió aliviada.

—Bueno, si esos son tus verdaderos abismos, Johannes, podrías competir con cualquier niño de primera comunión antes de confesarse —bromeó ella.

Johannes inspiró profundamente.

—Mi mujer —dijo él—, mi mujer fue quien pidió el vino.

Se dio la vuelta y deslizó la puerta de la terraza. Luego volvió a mirarla una vez más.

—Es más complicado de lo que debería ser... Pero nada de lo que te he dicho hoy o lo que acaba de pasar entre nosotros ha sido falso por mi parte. Solo quiero que lo sepas. Pero voy a entrar ya, porque ahora mismo estoy realmente confundido.

Se revolvió el pelo con nerviosismo.

Lisa se quedó allí plantada sin saber qué decir. Johannes la miraba, de forma cálida y cariñosa. Para nada como un hombre capaz de engañar a su mujer.

—Que duermas bien, Lisa —añadió antes de desaparecer por la puerta hacia el interior del hotel.

Lisa se frotó la cara, incapaz de creer lo que acababa de suceder. Ella también entró y se fue directo a la cama.

Sin embargo, tardaba mucho en conciliar el sueño. ¿Qué demonios acababa de pasar? Se sentía tan irreal... Como si la hubieran catapultado a una película que no le correspondía. Dio vueltas de izquierda a derecha y viceversa. Una y otra vez. Era imposible dormir. Porque no contaba con nada de esto. Ni en este lugar, ni en este momento de su vida y, desde luego, no de esta manera.

A la mañana siguiente, un cansancio plomizo pesaba sobre su cuerpo. Alargó la mano hacia el móvil para comprobar la hora. Eran las siete y media. Solo entonces se percató de un mensaje de Lennart.

Según Clara, ni rastro de Johannes

—Si tú supieras... —murmuró ella. Apartó el edredón y fue al baño. Saldría a correr un poco antes del desayuno para espabilarse. Así que se puso la ropa de deporte y se encaminó hacia la playa.

El aire estaba fresco y Lisa se subió un poco más la cremallera del cortavientos. El cielo seguía cubierto, pero entre las nubes ya se vislumbraban algunos claros azules. Según el pronóstico del tiempo, iba a ser un día soleado. Lisa aumentó el ritmo poco a poco para no forzar su cansado cuerpo. En algún momento alcanzó su ritmo de carrera y se dejó llevar por la inercia. Sus piernas se movían solas, pero su mente estaba inquieta, pues lo que había pasado la noche anterior no la dejaba en paz. Johannes la había impactado como un rayo en un cielo despejado, y su confesión había sido igual de electrizante. Había flirteado con ella de forma tan evidente, la había besado con tanta ternura, que no pudo sospechar que ya estaba comprometido. Y así corría por la playa, con la cabeza insufriblemente llena de pensamientos. El chillido de las gaviotas la animó a acelerar. Su pulso iba cada vez más rápido, hasta que finalmente terminó esprintando sobre la arena.

—Todo esto ha sido una idea estúpida —se regañó a sí misma, y frenó en seco.

Desayunaría rápido y luego se marcharía a casa. No tenía ganas de volver a cruzarse con Johannes. Habían sido dos encuentros sin importancia. Hasta ayer no había habido ningún Johannes en su vida, y por eso mismo iba a archivar esa noche simplemente como un flirteo agradable. Ni más, ni menos. Lo decisivo era que, por lo visto, estaba asimilando bastante bien la ruptura con Stefan. Y aquella noche era una buena prueba de ello. Asintió para sus adentros y dio media vuelta para abandonar el hotel lo antes posible. De todos modos, Lennart no tendría mucho tiempo para ella hoy; ya vendría a visitarlo de nuevo en otro momento. Lisa regresó y subió al trote las escaleras del hotel cuando Joe salió a su encuentro moviendo la cola.

—Genial —masculló Lisa, sabiendo que ahora se encontraría con Johannes. Para su sorpresa, no fue él quien bajaba las escaleras, sino una mujer joven, con el pelo negro recogido tirante hacia atrás y un jersey de lana rosa sobre los hombros. Las mangas estaban anudadas sobre el pecho, ocultando parte de su ajustada blusa blanca.

¿Sería la mujer de Johannes?

—Buenos días —saludó Lisa amablemente cuando Joe olfateó con curiosidad su pierna, mostrándose visiblemente encantado de verla.

—¡Quieto, Joe! —lo increpó la mujer. Joe volvió a su lado gimiendo y con el rabo entre las piernas.

—No pasa nada, ya conozco a Joe —dijo Lisa en un intento por justificar el comportamiento del perro.

—Aun así, no debe escaparse así como así —murmuró la mujer y pasó de largo junto a Lisa sin dedicarle otra mirada—. Vamos, Joe, haz tus cosas para que pueda volver a entrar —oyó Lisa que decía.

—Bruja —susurró Lisa, sorprendida ella misma por su duro juicio. Pero pocas veces había visto a una mujer tan fría. Al llegar al vestíbulo del hotel, miró a su alrededor para ver si Lennart ya andaba por allí y poder hablar un momento con él en persona. Intentó echar un vistazo a través de la puerta batiente de la cocina, pero no pudo ver nada.

—¿Está ya Lennart por aquí? —preguntó a una camarera que estaba trayendo panecillos recién hechos al bufet.

—Sí, está en la cocina. ¿Quiere que le avise?

—Sería estupendo, pero solo si no está muy ocupado.

—Muy bien —respondió la camarera, y cruzó la puerta batiente.

Apenas unos segundos después, Lennart apareció en el umbral.

—Buenos días, deportista —saludó, fijándose en su atuendo—. ¿Has dormido bien?

—Bueno, regular.

—¿Cómo que “regular”? —preguntó él extrañado—. Por experiencia, nuestros huéspedes aquí duermen como lirones.

—Pero probablemente ellos no han tenido una noche tan extraña.

—¿Noche extraña? Qué intrigante.

—¿Nos sentamos un momento? —preguntó ella.

—Claro —respondió él.

Lisa tomó aire y contó a Lennart toda la historia. Cuando terminó, él le dedicó una sonrisa.

—No le veo la gracia, Lennart.

—Yo sí. Que el señor Schuster sea ese Johannes de marras es una señal del destino. Y, además, la mujer del señor Schuster es terrible. En serio, es superpesada. Por cierto, ella fue la que pidió el vino y, por lo visto, montó un escándalo monumental. El hombre no sabía nada de nada. No me da ninguna pena lo de ella. Katja, la del servicio, estaba totalmente intimidada.

—Pobre chica.

—Y aparte de eso, me parece alucinante que te hayas liado, así como así, con un completo desconocido.

—¿Alucinante?

—Sí, no encaja nada contigo... Me parece genial, la verdad.

—¡Pero está casado, Lennart!

—Sí, con una bruja —replicó él, volviendo a sonreír.

Bruja, pensó Lisa, ese apelativo le resultaba familiar.

—Además, en todo caso será problema de él, no tuyo. Tú, técnica y prácticamente, estás soltera y puedes hacer lo que te dé la gana. ¿Nos entendemos? —subrayó Lennart con un guiño.

—Me parece muy fuerte. Quiero decir, la mujer estaba allí mismo, ¿cómo se puede tener tanta sangre fría?

—¿O desesperación, o soledad, o un flechazo súbito...?

—¿Flechazo?

—Oh, sí, flechazo. Y por ti, ni más ni menos. Al fin y al cabo, a mí también me pasó contigo. Eres, con diferencia, la treintañera más guapa que camina ahora mismo por estas costas del Báltico.

Se subió un poco la manga de su chaqueta de cocinero, dejando a la vista su reloj de pulsera.

—Y yo soy, además, con diferencia, el cocinero más solicitado de esta mañana. No te enfades, pero tengo que poner manos a la obra.

—Claro, lo entiendo. Me voy a poner en marcha hacia casa ahora mismo, ¿vale?

—Muy bien, gracias de nuevo por tu ayuda. Y si echas de menos al señor Schuster... por ti me saltaría la ley de protección de datos.

—Te lo agradezco, pero no creo que tengas que saltarte ninguna ley por mí.

—Pero lo haría...

—Lo sé.

—Ven aquí —dijo él y la estrechó en un abrazo—. Me ha encantado volver a verte.

—A mí también.

—Conduce con cuidado.

—Lo haré. Desayuno algo rápido y salgo pitando.

Lennart desapareció en la cocina y Lisa subió a su habitación, se duchó y recogió sus cosas. De vuelta en el restaurante, se sirvió algo en el bufet y se sentó a la mesa de la noche anterior. Y entonces, ocurrió lo inevitable. Con el corazón palpitante, miró hacia él. Johannes estaba en el otro extremo de la sala y la observaba. El corazón de Lisa latía con fuerza, como si tuviera que luchar contra un sentimiento incipiente.

Lentamente, él empezó a caminar, directo hacia ella. Lisa habría preferido levantarse y marcharse. Besar a un hombre casado era lo último que quería haber hecho en su vida. De haberlo sabido antes, nunca habría ocurrido. Cuanto más se acercaba, más intensa era su mirada. Pero entonces apareció ella, ya con el jersey rosa puesto y Joe con la correa.

—Toma —se quejó ella, tendiéndole la correa—. Menos mal que aparesces. Yo ya he terminado de desayunar.

—Espero que te haya gustado —replicó él con ironía. Luego volvió a mirar de reojo hacia Lisa.

—Me voy a hacer las maletas —añadió ella y pasó por su lado hacia las escaleras. Johannes permaneció allí un instante, y luego completó los últimos pasos hasta el borde de la mesa de Lisa. Guardó silencio y miró con timidez el muesli de ella. Finalmente alzó la vista y sus ojos se encontraron directamente con los de Lisa.

—¿Caminarías un poco conmigo? —preguntó con voz firme.

—Johannes, ¿adónde nos llevaría ese paseo? En el piso de arriba, tu mujer está haciendo las maletas.

—Está haciendo *sus* maletas, para ser exactos, en *su* habitación. Mis cosas están en mi habitación... —añadió en voz baja—. ¿Fuera en diez minutos? —preguntó, y ahora había algo suplicante en su mirada.

Lisa suspiró.

—Si hubiera sabido que estabas comprometido, nunca habría salido contigo anoche. Que te hayas arriesgado así... A tu mujer le habría bastado con salir a tomar un poco el aire para pillarnos.

—Para eso primero tendría que haberme echado de menos y, además, tendría que haberle importado —replicó él con desdén.

Lisa volvió a suspirar y, en contra de su convicción interna, aceptó: —Está bien, en veinte minutos abajo en la playa.

Johannes sonrió levemente.

—Gracias por darme la oportunidad de explicarme. No es precisamente uno de mis mejores momentos... Hasta ahora —respondió él, hizo una pequeña señal a Joe con la correa y salió en dirección a la playa.

Lisa se quedó allí sentada, sin saber si acababa de tomar la decisión correcta. ¿Qué quería explicar? Había engañado a su mujer con una desconocida. ¿Cómo podía saber ella que no hacía exactamente lo mismo cada noche en otro lugar?

Pero algo en él la atraía. Sus ojos... sí, estaba segura de que era la forma en que la miraba. Como si la viera a ella. Realmente a ella.

Terminó el cuenco de muesli y apuró la taza de café de un gran trago. Cogió la cazadora vaquera, se la puso y salió a esa maravillosa mañana de primavera, que ahora la recibía con un cielo azul y los primeros rayos de sol. El pronóstico del tiempo iba a cumplirse. Lisa bajó las escaleras hacia la playa. Enseguida divisó a Johannes, que estaba lanzándole un palo a Joe al agua. Se acercó a él lentamente, con la vista fija en el mar. La tranquilizaba observar las olas llegar. Era el compás perfecto para acercarse a Johannes.

—Hola —dijo cuando finalmente estuvo frente a él.

—Hola —respondió él, y de nuevo apareció en sus ojos azules esa mirada que acariciaba directamente el corazón de Lisa—. ¿Hacia la izquierda o hacia la derecha? —preguntó.

—Hacia la izquierda; hacia la derecha ya he ido antes.

—Muy bien, Joe, ya has oído: hacia la izquierda —dijo Johannes mientras lanzaba el palo lo más lejos posible en esa dirección.

Caminaron un buen rato uno al lado del otro sin decir palabra.

—Probablemente te cueste creerlo —empezó él en algún momento—, pero lo de Vivian y yo es una larga historia que ha pasado por muchos baches. Baches muy profundos que nos han llevado a tener dos habitaciones individuales y dos vidas que corren paralelas. Sé que anoche fui demasiado lejos. No debería haber ocurrido. Pero el hecho de que ocurriera me ha demostrado hasta qué punto Vivian y yo estamos de verdad en la mierda.

—¿Tenéis hijos? —preguntó Lisa de repente, porque la respuesta a esa pregunta podía cambiarlo todo. Si hubiera niños de por medio, daría media vuelta y se marcharía en ese mismo instante.

—No, no tenemos hijos.

Lisa se sintió aliviada.

—Johannes, yo también quiero decir algo.

Él se detuvo y la miró.

—Claro, adelante.

—Para mí, eres un hombre casado que tiene mucho que aclarar. Y, francamente, no quiero verme envuelta en eso.

—Lo entiendo perfectamente —respondió él—. Lo que pasó ayer entre nosotros... nunca me había pasado algo así, Lisa. No sé si podrás creerme, pero ha sido de lo más especial que he vivido en mi vida hasta ahora —tragó saliva—. Me gustaría mucho volver a verte... —dijo en voz baja.

—Johannes, te lo repito, estás casado.

Él inspiró profundamente.

—Sí, estoy casado, y eso ha sido un gran error. Porque lo que ha pasado contigo no me parece para nada un error... aunque en realidad, formalmente hablando, lo fuera. Ya sabes, por eso de engañar a la esposa y tal... —dijo en voz baja. Luego se aclaró la garganta y añadió:

—Hoy es 1 de mayo. Así que ayer fue 30 de abril.

—Buena deducción —murmuró Lisa, haciendo un esfuerzo por contener una sonrisa. Johannes, por el contrario, no ocultó la suya.

—¿Qué te parece si... —continuó—, dentro de un año, nos volvemos a encontrar exactamente aquí? El mismo día, a la misma hora que nos unió aquí la primera vez, en el mismo lugar... Si lo nuestro ha sido realmente tan especial, dentro de un año estaremos aquí, en este punto, sin asuntos pendientes y listos para conocernos. ¿Qué me dices?

Lisa lo miró con los ojos muy abiertos.

—Eso suena a locura —replicó ella, y entonces él le rozó la mano discretamente. Lisa bajó la vista hacia las dos manos que se encontraban.

—Me voy a marchar ya —dijo ella, le apretó brevemente las manos y se dio la vuelta—. Que te vaya bien, Johannes —se despidió antes de empezar a caminar por la arena húmeda de regreso hacia el hotel.

—¿Estarás aquí? —gritó él.

—Tal vez —respondió ella sin volverse hacia él.

Johannes

Johannes estaba sentado en el coche, con los papeles del divorcio pulcramente ordenados en una carpeta sobre el asiento del acompañante. El año de separación aún no se había cumplido del todo; faltaban tres días para que fuera oficial. Estaba nervioso y, si era sincero consigo mismo, también bastante inseguro sobre si al final no habría recorrido esos cien kilómetros en vano. El día no se presentaba especialmente amable; los limpiaparabrisas no habían dejado de funcionar durante todo el trayecto.

No es un buen augurio, pensó.

El último año había sido turbulento, lleno de cambios y de planes. La separación se produjo rápido; la noche con Lisa fue la catapulta que terminó de lanzarlo en la dirección correcta.

Johannes observaba con atención el trazado de la carretera. Solo quedaban quince kilómetros para llegar a su destino. Y al mar. Amaba el mar y le hacía ilusión volver a estar allí en unos minutos.

No se esperaba que un solo beso pudiera dejar tanta huella. Que algo muy especial había ocurrido aquella fresca noche de primavera, bajo la luz de la luna en la playa, le resultó evidente de inmediato. Pero no había creído posible que ese sentimiento perdurara un año entero. Cuando un año atrás propuso volver a verse el 30 de abril, ni él mismo confiaba realmente en que fuera a cumplirlo de verdad. Sin embargo, no había podido olvidarla; hasta el día de hoy, ella seguía resonando en su interior: su sonrisa, su vivacidad y aquel beso incomparable. Se preguntaba si ella también habría pensado en él durante los últimos doce meses, o si tal vez él no había sido más que uno de los muchos hombres a los que había besado el año pasado.

Lo cierto era que no sabía casi nada de ella, solo que lo había atraído magnéticamente desde el primer momento y que nunca antes había sentido una conexión tan rápida con una persona.

Johannes sonrió cuando ante él surgieron los contornos del dique. De inmediato se imaginó el estruendo del mar y las suaves olas rompiendo sobre la arena al otro lado.

Me compraré una casa, pensó. Sí, algún día tendré una casa en la costa.

Finalmente pasó el cartel que indicaba la entrada al pueblo. Aquí estaba, un año después, con la cabeza llena de pensamientos y el corazón libre, dispuesto a dejar entrar a la desconocida Lisa en su vida, con la esperanza de que se quedara.

Entró en el aparcamiento del hotel, que estaba bastante concurrido, y maniobró para meter el coche en un hueco muy ajustado.

Al bajar, lo primero que hizo fue respirar profundamente el aire salobre del mar. Luego abrió el maletero y Joe saltó fuera de inmediato. Agitando la cola y olfateándolo todo, el perro recorrió los parterres de flores. Johannes sacó la maleta del coche. Se quedaría dos noches. Miró al cielo. La lluvia estaba remitiendo y, al fondo del horizonte, el sol asomaba con timidez. Johannes extendió el asa de la maleta y se puso en marcha. Miraba a su alrededor con vacilación, con la esperanza de que tal vez Lisa ya estuviera por allí. Antes de entrar en el vestíbulo del hotel, respiró hondo una vez más. Abrió la puerta y entró.

Al instante lo asaltaron los recuerdos, que ahora en este lugar eran aún más intensos que aquellos en los que se había recreado durante todo el año.

—Buenos días —saludó a la recepcionista.

—Buenos días —respondió ella amablemente.

—Johannes Schuster, tengo una reserva para dos noches.

—Bienvenido, señor Schuster. Es un placer tenerlo de nuevo con nosotros y poder recibirlo en nuestro hotel. Tiene la habitación tres, igual que el año pasado —dijo sonriendo mientras le entregaba la tarjeta de la habitación.

—Muchas gracias —dijo él.

—Le deseamos una estancia agradable.

—Seguro que sí —respondió, esperando que así fuera realmente.

Una vez en su habitación, salió directamente al amplio balcón y se dejó cautivar por las vistas al mar. De repente, Lisa apareció en su radar interno. Tenía la sensación de haber guardado en su memoria cada una de sus pecas, cada pequeña arruga y cada destello dorado de sus claros ojos castaños. Como si en aquel entonces le hubiera hecho una foto con su mirada.

Inhaló el aire fresco hasta el último rincón de sus pulmones antes de ponerse en marcha hacia la playa. La lluvia ya había cesado por completo y el cielo iba cediendo poco a poco al azul. Johannes bajó las escaleras mientras escaneaba los alrededores. A su izquierda, una familia volaba una cometa; a la derecha, una pareja corría por la orilla. Un grupo de jóvenes —que evidentemente asistían a un curso— estaban de pie en círculo alrededor de una tabla de surf. Johannes agudizó la mirada para no pasar nada por alto. Miró su reloj de pulsera dorado para asegurarse de no haberse equivocado de hora. Eran las tres en punto. Caminó con dificultad por la arena, intentando localizar exactamente el lugar donde, un año atrás, había silbado a Joe.

—¿A que no la hueles? —preguntó dirigiéndose a Joe. Pero Joe no reaccionó; estaba ocupado intentando pescar un palo adecuado de entre los restos de madera que había traído la marea. Johannes se detuvo y miró a su alrededor. Pero ella no aparecía por ninguna parte. Ya eran las tres y diez. Esperaría, quizá una hora. O quizá un poco más. Aún tenía la esperanza de que la noche de hacía un año la hubiera conmovido tanto como a él, y que simplemente se hubiera retrasado un poco. Se quitó la chaqueta y la extendió sobre la arena. Luego se sentó, con la mirada vuelta hacia el mar.

Johannes no paraba de darle vueltas a las cosas. Sin embargo, con cada minuto que pasaba, crecían las dudas sobre aquella iniciativa. Probablemente Lisa no tuviera ganas de estar con un hombre que engañaba a su mujer. ¿Quién podría culparla por ello? Tenía razón... Había engañado a su mujer con una desconocida. Esa era la verdad de Lisa, y era comprensible que lo considerara una mala persona. Al fin y al cabo, ella no podía saber cuántas veces lo había engañado a él su «próxima exmujer». Lo roto que estaba ese matrimonio solo lo sabían Vivian y él.

Johannes permaneció allí sentado. Los minutos pasaban uno tras otro sin que Lisa apareciera por la playa. Finalmente, decepcionado, se levantó, se sacudió la arena de los vaqueros y la chaqueta y, con un silbido a Joe, se dirigió hacia el hotel. No se quedaría. Se marcharía. Se había obcecado con un sueño y, cuanto más lo pensaba, más se enfadaba consigo mismo.

De vuelta en el vestíbulo, fue directo a la recepción y miró el reloj. Las cuatro y veinte. Ya no vendría.

—Lo siento mucho, pero me ha surgido un imprevisto y tengo que marcharme ya mismo.

La recepcionista lo miró con expresión preocupada.

—¡Espero que esté todo bien! —dijo ella con discreción.

—Sí, todo perfecto. Es solo que me ha surgido una cita importante. Por supuesto, pagaré las dos noches ahora mismo.

Puso la tarjeta de crédito sobre el mostrador y esperó a que la mujer introdujera todos los datos.

—Entonces le deseo mucho éxito en su cita, y espero que pueda recuperar su estancia pronto.

—Sí, yo también lo espero —respondió él—. Tengo que ir un momento a por mi maleta a la habitación —añadió antes de dirigirse a las escaleras para después abandonar el hotel. De vuelta en el coche, arrancó el motor bostezando.

—Todo para nada —murmuró, poniendo con decepción el intermitente hacia la carretera secundaria, donde poco después divisó una pequeña panadería.

Entró en el aparcamiento y bajó del coche. Necesitaba urgentemente un café para quitarse el cansancio de encima. Y es que la ilusión por ver a Lisa le había quitado el sueño la noche anterior. Y después conduciría a casa, a su antigua vida, e intentaría olvidar a Lisa.

Lisa

Lisa estaba en el área de descanso. Con la cabeza llena de pensamientos extraños. No podía creerse ni ella misma que de verdad se hubiera puesto en marcha. Y que se hubiera quedado sin aire en el neumático delantero derecho, tampoco.

Como si él fuera a estar allí enseguida..., pensó mientras observaba al joven que en ese momento estaba desmontando la rueda desinflada. Y se rio un poco de sí misma, porque en el fondo tenía claro que Johannes probablemente la habría borrado de su mente mucho tiempo atrás, y que estaría viviendo feliz y contento con su mujer en alguna villa de Saint-Tropez. Sin embargo, en contra de cualquier voz de la razón en su cabeza, hoy se había subido al coche para perseguir esa estúpida ilusión. Y eso que no sabía nada de él. Solo que se llamaba Johannes y que estaba casado. Y que tenía unos ojos muy azules y unos labios que sabían besar malditamente bien. Se apartó un poco la manga de la chaqueta, miró su reloj de pulsera y se aferró a la esperanza de que el amable operario de la gasolinera pudiera poner la rueda de repuesto rápido. No iba a llegar puntual, eso estaba claro. Pero esperaba que Johannes tuviera un momento de paciencia y la aguardara. Al fin y al cabo, todo este plan era algo especial.

Finalmente, la rueda estuvo puesta y pudo seguir conduciendo.

—Muchas gracias por su ayuda—, dijo en dirección al joven, que había hecho un gran trabajo.

Subió al coche, arrancó el motor y, al mismo tiempo, en su cabeza volvió a ponerse en marcha el carrusel de sus pensamientos. Pasara lo que pasara a continuación, era lo más loco que había hecho en su vida hasta ahora. Miraba con nerviosismo una y otra vez el reloj digital junto al velocímetro. Eran ya las cuatro de la tarde. Pisó el acelerador para intentar recuperar al menos algo de tiempo.

Por fin llegó al aparcamiento del hotel. Casi veinte minutos tarde. El corazón le latía deprisa. Tan deprisa que tuvo que serenarse un momento y respirar profundamente. Aparcó el coche y se bajó. El graznido de las gaviotas, traído por un viento primaveral húmedo y suave, le dio la bienvenida. Miró insegura a su alrededor en el aparcamiento y luego se dirigió rápidamente hacia las escaleras, pues sabía por experiencia que la playa y las olas la calmarían. Bajó los peldaños a paso ligero, con la mirada fija en el mar y el horizonte. Enseguida se fijó en una familia que volaba una cometa y vio a unas cuantas personas que intentaban ponerse de pie sobre una tabla de surf. Se caían una y otra vez y luego aterrizaban en el agua entre fuertes risas y gritos. Solo una mujer joven se mantenía firme sobre su tabla. *Probablemente la monitora de surf*, pensó Lisa.

Dejó vagar la mirada, entre la esperanza y el temor. Pero no pudo localizar a Johannes por ninguna parte. ¿Acaso no había tenido tiempo de esperarla veinte minutos? ¿O es que ni siquiera se había presentado? Lisa se quedó allí parada, indecisa, y pronto la inseguridad la invadió. La acompañaba como una sombra. Esperaría un poco más, después abortaría toda la misión y se marcharía de nuevo sin decir una palabra a Lennart ni a nadie. Como si este día simplemente no hubiera existido. La sensación de estar haciendo el ridículo crecía constantemente en su interior. Y con cada minuto que pasaba sin que Johannes apareciera, su confianza en sí misma se iba al traste. ¿En qué estaba pensando? ¿Que un hombre como Johannes podría estar seriamente interesado en ella? Probablemente ni siquiera se había presentado allí y no había vuelto a pensar en ella ni un segundo. *Trescientos cincuenta kilómetros para nada*, pensó. Se subió la cremallera hasta la barbilla y empezó a caminar por la orilla, siguiendo el vaivén de las olas. No dejaba de mirar a su alrededor, con la esperanza de que tal vez él estuviera en algún lugar esperándola. Pero no había ni rastro de Johannes por ninguna parte. Y tampoco de Joe... Cuando finalmente se arriesgó a echar un último vistazo a la playa sin que Johannes apareciera en su radar, decidió, decepcionada, volver a casa. Ya no vendría o ya se había ido. Para ella ya no cabía duda.

Al llegar al coche subió directamente, arrancó el motor, puso la marcha atrás y salió del aparcamiento. Negando con la cabeza, miró a través del parabrisas.

—Vaya idea de bombero —murmuró, y se concentró en la carretera.

Los kilómetros pasaron uno tras otro hasta que la luz azul giratoria de un coche de policía y una fila considerable de coches interrumpieron su trayecto. Frenó con antelación y apagó el motor. Miró a su alrededor desconcertada. No alcanzaba a ver lo suficiente como para reconocer el motivo de aquel atasco. Al cabo de un rato, Lisa se bajó para intentar hacerse una idea de la situación.

—¿Ha habido un accidente? —preguntó a un hombre que también se había acomodado en el arcén.

—No, es un rebaño de ovejas que están trasladando; esto puede ir para largo. El perro pastor no lo tiene bajo control.

—¿Se puede ir a ver?

—Sí, todo recto —respondió él sonriendo mientras señalaba en dirección al coche de policía.

Lisa se puso en marcha y otros conductores hicieron lo mismo. La cola era larguísima, lo que indicaba que todo aquello no había empezado hacía cinco minutos. Estirando el cuello, Lisa inspeccionó la situación, y ahora que casi había llegado al coche de policía, también percibió los balidos de las ovejas.

Justo cuando vio a las primeras ovejas correteando en medio de la carretera nacional, algo le rozó la pierna.

—Oye, tú deberías estar guardando a las ovejas —dijo al cuadrúpedo que le olisqueaba la pantorrilla.

Pero, de repente, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Ese perro en su pierna no era un perro pastor, sino un viejo conocido.

Con el corazón palpitante, Lisa levantó la vista. Y allí estaba él, con una mirada tan profunda como la de hacía un año, con los mismos ojos azules y la misma sonrisa hermosa.

—Estaba seguro de que ya no vendrías —dijo él, y tragó saliva.

—He estado allí —susurró ella.

—¿Dónde? —preguntó él.

—En la playa.

—No te he visto.

—Yo a ti tampoco.

Él dio un paso hacia ella.

—¿A qué hora has estado allí?

—Me he retrasado. Un pinchazo. No he llegado a las cuatro, pero esperaba que me aguardaras... —respondió ella.

—¿Por qué a las cuatro? —dijo él, desconcertado.

—Nos vimos por primera vez poco antes de las cuatro el año pasado.

Él sonrió.

—No, yo pensaba que había sido antes, poco antes de las tres...
¿No habíamos quedado a las tres?

—No, no habías dicho ninguna hora, solo que nos volveríamos a encontrar a la misma hora.

—¿Y no fue a las tres? —preguntó él.

—Estoy segura de que fue a las cuatro.

Ahora él estaba muy cerca de ella.

—Entonces, si no fuera por estas ovejas... quiero decir, ¿nos habríamos perdido?!

—Sí, sin estas ovejas probablemente no nos habríamos vuelto a ver nunca —replicó Lisa en voz baja—. Porque yo habría pensado que no habías tenido ni veinte minutos de paciencia para esperarme... o...

—Y yo habría estado seguro de que ni siquiera habías venido —la interrumpió él con suavidad—. Te he esperado mucho más de una hora... Si hubiera sabido que vendrías, por supuesto que te habría esperado mucho más tiempo. Si hubiera hecho falta, toda la noche...

La miró. Con calidez y cariño. Ya no se percataba de todas las demás personas. Con timidez, le rozó las yemas de los dedos.

—En tres días estaré libre de cargas, Lisa.

—¿Qué significa eso? —inquirió ella, clavando su mirada profundamente en sus ojos.

—Entonces estaré divorciado.

—Ah, vaya, ¿tan pronto?

Él tragó saliva y respiró hondo.

—Sea lo que sea en lo que se convierta esto, solo quiero que sepas que no soy un capullo. No engaño a nadie a quien amo. Contigo fue la primera vez, y a Vivian ya hacía mucho tiempo que no la amaba. No volveré a permitir que las cosas lleguen tan lejos —hizo una pequeña pausa y luego respiró profundamente—. Pero esa noche contigo, sencillamente, lo cambió todo —continuó.

Su mirada le puso la piel de gallina.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa? —preguntó entonces—. Bueno, si es que algún día salimos de aquí... —añadió sonriendo.

—Sí. Sí, me apetece —respondió ella y se sumergió en sus ojos y en la sensación de que aquí, en medio de este rebaño de ovejas, la esperaba una oportunidad real.

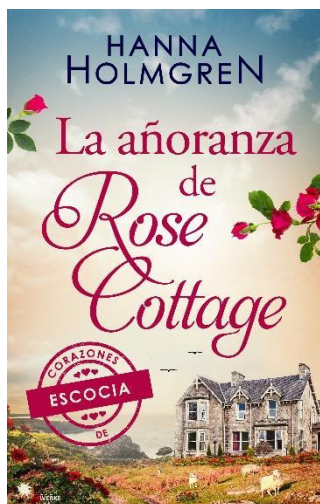
- *Fin* -

¿Te ha gustado mi libro?

Este libro ha sido traducido del alemán.

Si durante la lectura has notado algo que pueda mejorar, no dudes en escribirme a: feedback@hannaholmgren.de

Si te ha gustado esta novela corta, quizá también te interese mi novela debut:



La añoranza de Rose Cottage (Corazones de Escocia)
eBook : Holmgren, Hanna, Holmgren, Hanna:
Amazon.es: Kindle Store